

pañola quedara zanjada con la renuncia del príncipe (1). Esto indujo á Arago á interpelar al ministro en los siguientes términos: «Tratándose únicamente de la candidatura de Leopoldo, podemos esperar, según creo, una contestación satisfactoria; pero si se mezclan otras cuestiones con la candidatura, tendremos que reconocer en esto el deseo de buscar otros pretextos para una declaración de guerra.» El ministro no contestó, excusándose con las exclamaciones apasionadas de la mayoría y con el deseo de no volver á reanudar la discusión; pero en realidad hubiera podido confesar ya entonces que la renuncia del príncipe no era el verdadero motivo de la exigencia, sino la humillación del rey; por eso había declarado el día anterior al embajador inglés que el asunto quedaría arreglado si el príncipe retiraba su candidatura «á consecuencia del consejo del rey.»

Entretanto Benedetti, á las doce de aquel día (el 11 de julio), tuvo su segunda audiencia, que duró una hora, sin que hubiese acuerdo. Fueron en el fondo las mismas ideas las que se mantuvieron por ambas partes, con la diferencia de que el embajador francés se fundaba también en la posición difícil de su ministro ante el parlamento, la cual ejercía evidentemente una gran influencia en la conducta del gobierno francés, porque los que más excitaban á la guerra eran justamente los miembros más apasionados de la derecha, deseosos de derribar el ministerio liberal, y el temor de que lograsen su intento paralizaba la resistencia que hacían contra la guerra Ollivier y sus amigos. El rey de Prusia manifestó que ya sabía que en París se hacían preparativos para la guerra, y que no quería ocultar que él también tomaba disposiciones en este sentido para que no se le ganara por la mano, si bien al propio tiempo confiaba en que se conservaría la paz solo con que en París se quisiese aguardar á que él se encontrara en situación de cooperar á este objeto de un modo útil, para lo cual era menester darle el tiempo necesario. Aquella misma noche ó á la mañana siguiente recibiría una comunicación del príncipe Leopoldo, que seguramente entonces había llegado á Sigmaringen, y al recibir esta comunicación se apresuraría á dar una respuesta definitiva, que Benedetti podía comunicar inmediatamente á Gramont. Terminada la audiencia, dispuso el rey que el barón de Werther volviera inmediatamente á su puesto en París.

Antes de que Gramont recibiera la relación de estos sucesos había teleografiado á Benedetti, al terminar al sesión de la cámara del día 11, diciéndole que el lenguaje que usaba carecía de firmeza y no correspondía á la actitud adoptada por el gobierno imperial, y que era menester que usara términos más fuertes. «No podemos admitir la diferencia entre el rey y su gobierno. Nosotros pedimos que el rey prohíba al príncipe insistir en su candidatura, y si mañana no tenemos una respuesta terminante, consideraremos el silencio ó la ambigüedad como una contestación negativa.» Benedetti se justificó inmediatamente, diciendo que cuando se hubiera leído su relación de la segunda audiencia, se vería que de su propio impulso había usado ya un lenguaje más crudo. El ministro reconoció al día siguiente que esto era verdad, pero añadió «muy confidencialmente» (martes 12 de julio, á la una y cuarenta minutos de la tarde): «Aplice usted toda su habilidad, y mejor dicho su astucia, para hacer

(1) El gobierno prusiano estaba persuadido de que la Francia de todos modos quería la guerra, no siendo la candidatura de Hohenzollern más que un pretexto. En esta persuasión se entablaron negociaciones secretas con el gobierno español para que éste sostuviera la candidatura y arrostrara las consecuencias poniendo 100,000 hombres en la frontera. En cambio se ofrecieron á la España grandes ventajas; pero el gobierno español no quiso disgustar á Napoleón y se negó á salir de la neutralidad.

(N. del T.)

constar que la renuncia del príncipe le ha sido anunciada, comunicada ó participada por el rey ó por su gobierno. Esto es para nosotros de la mayor importancia. El rey ha de confesar, cueste lo que cueste, su participación en la renuncia, ó esta participación ha de resultar de un modo palpable de los hechos (2).» El ministro temía evidentemente que desde Madrid llegara en el momento menos pensado la renuncia del príncipe, quitándole toda posibilidad de hablar de un triunfo obtenido sobre la Prusia ó de dar lugar á una ruptura, y hasta es sumamente probable que en aquellos momentos (á la una y cuarenta minutos según Gramont y á las dos y quince minutos según Benedetti) Gramont supiese ya positivamente que el príncipe Leopoldo había renunciado; pues aunque Gramont dice que solo hacía las tres de la tarde recibió la comunicación, consta que Ollivier sabía ya la noticia á las dos y veinte minutos en el cuerpo legislativo, en cuya tribuna se hallaba Olózaga, que la recibió directamente como embajador español. Que Gramont la supo también, lo da á conocer el despacho del príncipe Antonio, padre de Leopoldo, dirigido á Prim; despacho que había sido copiado al pasar por la oficina del telégrafo de París. Por tanto Gramont debió recibir la noticia antes que Olózaga, pues el parte teleográfico había sido llevado desde el telégrafo primero á la legación española y desde allí al cuerpo legislativo, donde Olózaga estaba. Además viene á ser completamente imposible que Gramont recibiera la primera noticia á las dos y cuarenta y cinco minutos por el embajador, que fué á verle corriendo desde la cámara (3).

En efecto, el príncipe Antonio de Hohenzollern había teleografiado á las diez y veintiocho minutos de la mañana en Sigmaringen á Olózaga, que acababa de dirigir al general Prim el siguiente despacho:

«Atendidas las complicaciones que parece encontrar la candidatura de mi hijo y la situación penosa que los últimos sucesos han ocasionado al pueblo español, poniéndolo enfrente de una resolución en la cual solo puede guiarle el sentimiento de su independencia, retiro yo en nombre de mi hijo su candidatura, convencido de que en tales circunstancias la votación no podría tener la sinceridad y espontaneidad con las cuales el príncipe ha contado al aceptar la candidatura.»

No se sabe cuáles fueron las influencias que se pusieron en juego en Sigmaringen para producir esta decisión, siendo poco creíble que el gobierno francés se esforzara por obtenerla. A lo más puede ser atribuido á alguna persona amante de la paz (4). Otras fuentes francesas atribuyen al hermano del príncipe, el soberano de Rumanía, una cooperación decisiva, diciendo que su agente en París, un tal señor Stratt, había pasado á Sigmaringen, donde había apoyado los consejos del rey de Prusia (5). Hasta hoy se ignora lo que hizo el gobierno español, lo que comunicó el rey Guillermo, los consejos que dió el ministerio de Negocios extranjeros de

(2) Gramont, pág. 103; Benedetti, pág. 365, donde se dice en lugar de una manera palpable, «de una manera suficiente.»

(3) Véanse los datos diferentes respecto del tiempo en que recibió Ollivier la comunicación en los pasillos del cuerpo legislativo, en *La Lecture*, de Pablo Dhormoys, 1890, n.º 65, hallándose este periodista cerca de Olózaga en la tribuna de los diplomáticos; y véase también la observación de Gramont, pág. 125: «Este telegrama de Sigmaringen, dirigido á Madrid y detenido á su paso por la agencia telegráfica;» y página 112: «Serían las tres ó las tres menos cuarto, etc.»

(4) Helie, pág. 1340. «Al mismo tiempo nuestro gobierno, con la esperanza de conservar la paz, solicitó directamente del joven príncipe su renuncia personal. De esta manera logramos, sin saberlo el gobierno de Berlín y á pesar de él, por medio de una negociación secreta y rápida cuyos medios ignoro, la renuncia del joven príncipe.»

(5) Enrique Martín, tomo VII, pág. 59.

Berlín, y si intervino directamente el conde de Bismarck (1). La forma que se dió á la renuncia la hizo aparecer como libérrima resolución del príncipe y de su hijo, quitando toda posibilidad de ver en este acto una retirada indigna ante las pretensiones francesas.

La desilusión y el disgusto del partido de la guerra en París no conoció límites al ver así burladas sus esperanzas. Ollivier, que deseaba la paz sinceramente, divulgó en la cámara la comunicación de Olózaga respecto de la renuncia del príncipe, con la observación de que no se había pedido nunca otra cosa á la Prusia, por lo cual en su concepto quedaba zanjado el incidente. Entonces Clemente Duvernois anunció una interpelación para preguntar qué garantías había pedido el gabinete ó pensaba pedir para impedir la repetición continua de complicaciones con la Prusia.

Dícese que el emperador se mostró muy disgustado con esta interpelación, si bien dijo por la tarde á dos diplomáticos extranjeros que sentía que el asunto no llegara á una guerra porque la ocasión había sido buena; «pero, añadió, bien pesado todo, es solución más segura la paz; pueden ustedes considerar el incidente como terminado (2).» Muy diferente era la opinión de Gramont, pues la solución que recibía el asunto era justamente lo contrario de lo que él pedía, á saber: una prueba palpable de la participación del rey de Prusia en la retirada de la candidatura, pues que todo el asunto pasaba entre Madrid y Sigmaringen; y aun dos años después expresó su sentimiento en su escrito de defensa, lamentándose de que ni con una palabra se mencionara á la Francia ni á la Prusia en esta solución. Para él era forzoso pedir á la Prusia una satisfacción bajo otra forma.

En este sentido habló con el barón de Werther, que habiendo llegado por la mañana de Ems se hallaba justamente en su despacho cuando Olózaga presentó la renuncia del príncipe. Gramont dijo entonces con aire de indiferencia que la renuncia del príncipe era cosa secundaria, porque la Francia de ningún modo hubiera permitido que el príncipe Leopoldo se sentara en el trono, y lo que convenía era extirpar el germen del disgusto que amenazaba continuar entre los dos países. Añadió que no deseaba la guerra, sino buenas y amistosas relaciones con la Prusia, resultado que en su concepto acaso podría conseguirse por medio de una carta que dirigiera el rey al emperador, y en la cual se dijese que el rey al aprobar la candidatura no había creído ofender los intereses ni la dignidad de la nación francesa y que se adhería á la renuncia del príncipe, deseando y esperando que con esto desaparecería todo motivo de discordia entre los dos gobiernos. La publicación de estas y otras palabras análogas contribuiría, en opinión del ministro, á calmar los ánimos del pueblo. También manifestó el deseo de que en esta carta no se hablara de las relaciones de parentesco del príncipe con el emperador porque este argumento disgustaba en París. Werther entró en la discusión de esta proposición, y estaba exponiendo sus dificultades á causa de la declaración del 6 de julio, que había ofendido al rey profundamente, cuando llegó Ollivier, á quien Gramont había enviado á llamar, y después de una corta conferencia con Gramont en un gabinete inmediato, apoyó la proposición de este ministro con gran insistencia. Ambos dijeron que encargarían á Benedetti la misión de obtener del rey esta carta si el embajador de Prusia se negara á pedirla, porque necesitaban este

(1) El diario del príncipe heredero de Prusia del 11 de julio dice: «Thile apenas sabe adónde acudir entre Ems, Varzin y Sigmaringen (*).»

(2) Véase *L'Orateur* del 15 de octubre de 1871 y la declaración de Thiers en la información del 4 de setiembre. Delord, tomo VI, pág. 164; Gramont, pág. 130.

(*) Véase la anterior nota del traductor.

arreglo para calmar los ánimos excitados, y además en este caso se encontrarían en situación de defender al rey contra ataques que no le faltarían (3).

Werther escuchó con gran calma todas estas proposiciones, prometió también comunicarlas á su soberano, y solo se negó á hacerlo por telégrafo; mas esto no convenía al duque de Gramont. Apenas se hubo retirado el embajador prusiano (eran las tres y media), Gramont fué á ver al emperador á Saint-Cloud. Napoleón le autorizó á reducir algo su exigencia, no insistiendo en pedir una carta del rey, probablemente porque como soberano comprendió que la exigencia era demasiado fuerte. En lugar de esto se avisó hacia las siete á Benedetti por telégrafo para que viera inmediatamente al rey y le suplicara que declarase que se adhería á la renuncia del príncipe y que no aprobaría otra vez su candidatura. «A esto no podrá negarse el rey, telegrafió Gramont, si en realidad no tiene segundas intenciones. A pesar de la renuncia que ahora es conocida, reina tanta agitación que no sabemos si podremos dominarla. Emplee usted en este telegrama otros términos para que pueda comunicarlo al rey, y conteste usted tan pronto como le sea posible.»

Poco después de haber partido este telegrama, llegó otro de Benedetti diciendo que el rey de Prusia acababa de decirle (antes de las seis de la tarde) que se le había avisado por telégrafo que al día siguiente recibiría la contestación del príncipe de Hohenzollern, y que tan pronto como la hubiese recibido, haría llamar al embajador francés. Este último informó además á su gobierno de que se esperaba para el día siguiente en Ems al conde de Bismarck y suplía á Gramont que le autorizara á partir inmediatamente si la contestación del rey no resultara satisfactoria. Estas noticias aumentaron la excitación de Gramont, que se dijo con razón que el aviso teleográfico que el rey de Prusia había leído de Sigmaringen había mencionado también indudablemente la renuncia, y que el rey reservándose comunicarlo hasta el día siguiente, no podía tener más objeto que no ser el primero que lo comunicara al embajador de Francia, sino que lo hiciera Bismarck, con cuya llegada desaparecería la última esperanza de conseguir del rey lo que se pretendía de él.

Es probable que á consecuencia de esta reflexión propusiera Gramont al emperador dirigir una comunicación á las cámaras anunciándoles la ruptura de las negociaciones. Solo suponiendo esto se comprende la contestación que el emperador dió á su ministro hacia las diez de la noche, diciendo (4): «Reflexionando sobre nuestras conversaciones de hoy, y repasando de nuevo el despacho del príncipe Antonio, veo que es menester limitarse á reforzar mas el despacho que usted debe haber dirigido á Benedetti. Es menester hacer resaltar los puntos siguientes: 1.º Nosotros nos entendemos con Prusia y no con España. 2.º El despacho dirigido por el príncipe de Hohenzollern al general Prim no es para nosotros documento ni nadie está encargado en debida forma de comunicárnoslo. 3.º El príncipe Leopoldo aceptó la candidatura y su padre es el que renuncia á ella. 4.º Benedetti de consiguiente debe insistir, conforme se le encarga, en que se le dé una contestación categórica por la cual el rey se obligue á no permitir en adelante al príncipe Leopoldo

(3) Véase en *La Indépendance Belge* del 14 de julio la *correspondencia parlamentaria de París*. Gramont, pág. 125.

(4) Las palabras subrayadas hacen suponer una proposición nueva de mayor alcance, que ha de ser forzosamente la comunicación que hemos supuesto que hizo Gramont al emperador para entrar á la cámara de la ruptura de las negociaciones. Gramont comunica la respuesta del emperador sin añadir ninguna explicación, de modo que forzosamente parece que Napoleón dirigió su contestación por impulso propio á Gramont.

(que no está ligado por compromiso ninguno) que siga el ejemplo de su hermano y salga el mejor día para España. 5.º Mientras no recibamos comunicacion oficial de Ems, no tendremos contestacion á nuestras justas reclamaciones. 6.º Mientras no recibamos esta contestacion, continuaremos nuestros armamentos; y 7.º Es de consiguiente imposible dirigir una comunicacion á las cámaras ínterin no nos hallemos mejor enterados.»

Despues de haber comunicado Gramont esta carta á Ollivier envió, pasadas ya las doce de la noche y de acuerdo con él, un nuevo telégrama á Benedetti en el cual se insistió en que la comunicacion del embajador español no era contestacion de la reclamacion dirigida al rey de Prusia, y mucho menos una garantía para el porvenir. «A fin de que estemos seguros de que el hijo no hará quedar mal á su padre, ó de que pase á España como lo hizo su hermano en Rumanía, es necesario que el rey tenga la bondad de decirnos que no permitirá al príncipe Leopoldo faltar á la renuncia anunciada por el príncipe Antonio.» A pesar de la llegada de Bismarck recibió el embajador francés la orden de permanecer hasta nuevo aviso en Ems y de decir al presidente del consejo de ministros y al rey que el gobierno francés no tenia segundas intenciones y no buscaba ningun pretexto de guerra, sino que únicamente deseaba salir con honra de una dificultad que no habia suscitado.

En su consecuencia Benedetti visitó el día 13 al príncipe de Radziwil para solicitar por su intervencion una pronta audiencia. El rey se encontraba ya dando su paseo y envió á decir al embajador que á su regreso le recibiría; pero viéndole poco despues en la alameda se dirigió á su encuentro, indudablemente asombrado de la peticion de audiencia, pues que ya le habia prometido que le haria llamar tan pronto como recibiera noticias de Sigmaringen. Díjole, pues, que todavía no habia llegado la comunicacion que esperaba, y al propio tiempo le enseñó un suplemento de la *Gaceta de Colonia* que acababa de recibir y que anunciaba la renuncia en un telégrama particular de Sigmaringen (1). En su consecuencia Benedetti, segun le estaba encargado, suplicó al rey, á fin de restablecer la confianza entre los dos países, que prometiese prohibir al príncipe la renovacion de su candidatura si se presentara el caso para ello. El rey se negó á esta exigencia; Benedetti insistió, por supuesto en las formas debidas; pero recibió la declaracion terminante de que el rey no queria contraer semejante compromiso indefinido y absoluto, y que se reservaba consultar las circunstancias que en su caso pudieran presentarse. Benedetti dió un último ataque, tan inútil como el primero, pidiendo que la promesa que no podia dar el soberano, se la diera el rey como jefe de la casa de Hohenzollern, á lo cual contestó el rey que sentia no poder satisfacer «esta nueva é inesperada exigencia,» con lo cual terminó la conversacion.

El embajador francés, de regreso á la fonda, encontró el telégrama de Gramont enviado la noche anterior. En la creencia de que el rey le volveria á llamar despues de recibir las noticias de Sigmaringen, se propuso aprovechar entonces la ocasion para volver á su empeño; pero se frustró esta esperanza, porque el príncipe de Radziwil se le presentó hácia las dos para hacerle saber de parte del rey que éste habia recibido una hora antes la confirmacion de la renuncia, y que de consiguiente consideraba el asunto como concluido. Benedetti no se dió por satisfecho, y fundándose en las nuevas instrucciones que habia recibido, solicitó otra

(1) Benedetti no menciona esta circunstancia en ninguna parte, pero se encuentra en la relacion oficial prusiana sobre los sucesos de Ems y en otras partes como en la obra de Hahn: *El príncipe de Bismarck*, tomo II, pág. 32.

audiencia para conseguir la aprobacion explícita de la renuncia por el rey y su promesa para el porvenir. La contestacion del rey, que llevó tambien esta vez el príncipe de Radziwil, decia que el monarca aprobaba la renuncia del príncipe en el mismo sentido y con el mismo alcance con que habia aprobado la aceptacion de la candidatura, y que respecto de la promesa relativa al porvenir, S. M. solo podia repetir lo que habia dicho aquella mañana. A pesar de esto, renovó Benedetti su solicitud de una nueva audiencia, «aunque no fuese sino para oír las mismas palabras de boca de S. M.» en contestacion de lo cual le tuvo que decir Radziwil hácia las seis, que el rey decididamente no queria entrar en mas discusiones sobre este punto y lo que habia dicho por la mañana era su última palabra.

Entonces comprendió Benedetti que serian inútiles todos los pasos que diera, y que en adelante no le seria ya tan fácil como antes ser recibido por el monarca. Atribuyó, probablemente con razon, la negativa del rey del 13 á que éste, despues de haberle encontrado en el paseo, habria recibido la comunicacion de Werther relativa á su entrevista con Gramont y Ollivier, es decir, que estaria enterado de la pretension del gobierno francés de que el rey escribiese la carta consabida, y que no recibia ya á Benedetti porque temia que éste le repitiera la tal pretension. Semejante encargo no se habia dado al embajador, conforme hemos visto, probablemente porque habia parecido al mismo emperador demasiado exigente; pero no por esto quiso renunciar Gramont á obtener la promesa para el porvenir, pues á ello le impulsaban el lenguaje exigente de los periódicos de París, y mucho mas la actitud amenazadora de la derecha. Clemente Duvernois habia anunciado, como ya hemos dicho, el día 12, una interpelacion preguntando al gobierno qué garantías pensaba exigir para impedir la repeticion de complicaciones con la Prusia; y cuando el ministro declaró por via de contestacion el día 13, que las negociaciones, que nunca habian tenido mas objeto que la candidatura española, continuaban todavía, por cuya razon no podia hablar de ellas, Jerónimo David anunció una nueva interpelacion, en la cual, en vista de las explicaciones terminantes, claras y patrióticas del ministerio en la sesion del 6 de julio, que habian sido aplaudidas por la cámara y por el país, y teniendo en cuenta la contradiccion que habia entre estas explicaciones y la ridícula lentitud de las negociaciones con la Prusia, pidió que el ministro explicara los motivos de esta conducta, que perjudicaba no solamente el crédito de la nacion, sino tambien la dignidad de la Francia. Tuvo que suprimir lo de la «ridícula lentitud,» pero por lo demás fué apoyada la interpelacion y se fijó su discusion en el orden del día del siguiente viernes. En el senado, adonde pasó Gramont desde la cámara de diputados, ocurrió una cosa análoga: Huberto Delisle, Larabit y Brenier le asediaron con preguntas, y tambien se fijó para el orden del día del viernes una interpelacion. No habia duda de que la derecha se lisonjeara con la esperanza de derribar el ministerio y de tomar despues en sus manos la direccion de la guerra. Para impedir esto no quedaban mas que dos caminos á Gramont: ó declarar la guerra ó conseguir del rey de Prusia una promesa tal como el gobierno la necesitaba. Por supuesto que no le bastaron los despachos de Munich y de Stuttgart, que le participaban que allí corrían voces de que el rey de Prusia habia promovido la renuncia del príncipe por medio de una carta que le habia dirigido, y Gramont expuso al embajador inglés, que le fué á ver, que el rey de Prusia debia prohibir al príncipe explícitamente tambien la renovacion de su candidatura, y que solo así quedaria zanjado el incidente.

En un consejo de ministros muy agitado que se celebró

por la noche, y en el cual poco faltó para que ocurriera un rompimiento entre los ministros que estaban por la paz y los que estaban por la guerra, se decidió encargar á Benedetti que hiciese un nuevo esfuerzo, á lo menos para que el rey le dijera que prohibiria la repeticion de la candidatura y le autorizara para comunicarlo á Gramont, ó que lo hiciera comunicar por su ministro ó su embajador, lo cual bastaria al gobierno. «Haga usted un último esfuerzo, telegrafié Gramont á Benedetti á las diez de la noche; diga usted al rey que nos limitamos á esta súplica, y si el rey no lleva segundas intenciones, será esto para él una cuestion secundaria, pero para nosotros será muy importante; pues la sola palabra del rey nos servirá de garantía para el porvenir. Tengo motivos para creer que los demás gabinetes encontrarán nuestra conducta justa y moderada; el emperador Alejandro la apoya calurosamente. De todos modos traiga usted en persona la contestacion negativa ó afirmativa á París. Quizás podria usted decir al rey al recibir la noticia de la renuncia: «Señor: salga V. M. garante de la palabra del príncipe, porque V. M. sabe que como gobierno no tenemos relaciones con él, y que de consiguiente solo podemos responder ante el país con la palabra del rey.»

A esto no podia contestar el embajador sino que ya no le era posible acercarse al rey con semejante pretension. Aprovechó, sin embargo, por la mañana del día 14 un encuentro que tuvo con el ministro, conde de Eulenburg, para exponerle la situacion del gobierno francés en esta cuestion; pero naturalmente sin resultado. Entonces hizo saber al rey su partida y pidió permiso para despedirse de él. El rey, que se habia propuesto pasar á Coblenza para verse allí con su esposa, mandó ir á Benedetti á la estacion, donde le dió en el salon reservado, á las tres de la tarde, una corta audiencia, en la cual le dijo que se dirigiese para las negociaciones ulteriores á su ministerio, y que pasaria al día siguiente á Berlin. El embajador francés partió en la noche del día 14 para París.

Mientras se dirigia Benedetti á la capital de Francia, se tomó allí la última decision. El día habia pasado en la agitacion mas violenta; casi todos los periódicos atacaban en términos apasionadísimos al ministerio. El hombre de confianza de Ollivier, Roberto Mitchéll, en un artículo del *Constitutionnel* habia celebrado como una gran victoria la renuncia del príncipe, diciendo que no habia costado ni una lágrima ni una gota de sangre. «Hemos sido escuchados, decia el articulista; se han satisfecho nuestras justas exigencias; la paz de Europa no se turbará.» Casi todos los periódicos que no dependian directamente del ministerio se arrojaron sobre este artículo para calificarlo de ignominioso para la Francia y para pedir la guerra.

Se habia fijado para las nueve de la mañana un consejo de ministros; pero antes de reunirse recibió Gramont del encargado de negocios de Berlin, Lesourd, la comunicacion de un telégrama de Ems que habia sido publicado por via de suplemento por la noche del día 13 por la *Norddeutsche Zeitung*. Este telégrama decia traducido literalmente: «Despues de haber recibido el gobierno francés oficialmente del gobierno español las noticias de la renuncia del príncipe heredero de Hohenzollern, ha solicitado el embajador francés en Ems de S. M. el rey la autorizacion para telegrafiar á París que S. M. el rey se obligaba á no volver á dar jamás en adelante su aprobacion si los Hohenzollern volviesen á sostener su candidatura. S. M. el rey se ha negado despues á volver á recibir al embajador francés, al cual ha hecho saber por el ayudante de servicio del rey que S. M. no tenia nada mas que decir al embajador.»

Era indudable que este telégrama, al cual se dió luego tan

grande importancia, tenia origen oficial; mas por lo pronto no causó gran impresion; y el consejo de ministros, al cual fué comunicado, se separó despues de una sesion de tres horas sin haber tomado resolucion ninguna. Al llegar á su casa encontró Gramont poco despues de las doce al embajador de Prusia, Werther, el cual le dijo que habia sido desaprobada en Berlin su conducta en la entrevista del día 12 y que habia recibido orden de hacer uso de la licencia que se le habia concedido antes, entregando á este fin al conde de Solms los negocios pendientes. Gramont convocó entonces un nuevo consejo de ministros que se reunió hácia las dos en las Tullerías y encontró en el camino las calles llenas de una multitud ruidosa. El espíritu de la capital pareció entonces tan amenazador al embajador inglés, lord Lyons, que comunicó á Lóndres que el gobierno francés solo podria aplacar la tempestad pidiendo satisfaccion á la Prusia. Los ministros y el emperador debian de hallarse bajo la impresion de estas manifestaciones cuando en el curso de la sesion resolvieron á propuesta del ministro de la guerra, Leboeuf, el llamamiento de las reservas. Se dice que al principio solo apoyaron esta medida además de Leboeuf, Gramont y el ministro de Marina; pero al hablar Leboeuf con la mayor excitacion de su dimision si no se aprovechaba esta ocasion favorable y al apoyarle enérgicamente el agregado militar de Berlin, que fué llamado expresamente, otros dos ministros modificaron su voto y se tomó por cinco contra cuatro votos la resolucion, aprobada por el emperador con estas palabras: «Ya que ustedes lo quieren, señores, sea la guerra (1).» Leboeuf se retiró inmediatamente para expedir las órdenes que hacian al caso; entonces presentó Ollivier, apoyado por sus colegas amantes de la paz, nuevos escrúpulos, y el mismo emperador empezó á titubear. Se examinó la idea de si seria posible obtener de la Prusia una satisfaccion por medio de un congreso, y declarándose Napoleon por esta idea con mucho calor, apoyándola tambien Gramont, se decidió que al día siguiente contestaria el gobierno á las mencionadas interpelaciones en las dos cámaras: «Que el gobierno creía que era un principio admitido tácitamente por la Europa que ningun príncipe de cualquiera de las grandes dinastías ocupara un trono extranjero sin haberse puesto de acuerdo con las potencias, y que ahora el gobierno francés pediría que un congreso de las grandes potencias confirmara este principio.» En vista de esto fué aplazada otra vez la convocacion de las reservas (2).

Todo esto se habia decidido en ausencia de Leboeuf. Este cuando supo por un billete del emperador que se habia aplazado de nuevo el llamamiento de las reservas, corrió á ver al soberano y consiguió que se convocara un nuevo consejo de ministros para las diez de la noche. En él prevaleció la tendencia á conservar las resoluciones pacíficas; pero hácia las once recibió Gramont despachos de Berna y de Munich comunicándole que los embajadores prusianos en aquellas capitales habian entregado oficialmente el telégrama de Ems á la *Norddeutsche allgemeine Zeitung*, y que además se decia que se habian recibido noticias de armamentos prusianos. Se supone con razon que la verdadera decision fué causada por una conversacion que habia habido el día 13 entre Bis-

(1) Así dice Dhormoys en *La Lecture*, tomo I, pág. 1. Verdad es que pone la escena en el día 12 y dice que se tomó la resolucion de declarar la guerra, lo cual permite otras dudas respecto de las fuentes de este autor.

(2) Este segundo consejo de ministros del día 14 duró segun se dice seis horas, es decir, hasta las ocho. Gramont, pág. 212; Leboeuf coloca el proyecto de congreso en la tercera sesion, que luego mencionamos; pero esto se explica porque asistió á la segunda solo al principio (como él dice: hasta las cuatro), y solo se le enteró del proyecto del congreso en la tercera sesion.